
MARIO WANDRUSZKA

Profesor de la Universidad de Tübingen, Alemania

El porvenir de los idiomas europeos (*)

Voy a empezar con una perogrullada: los hombres no nos entendemos porque no comprendemos lo que decimos los unos a los otros, porque hablamos idiomas distintos. En Europa, desde la caída y el desmembramiento del Imperio Romano, la historia de la civilización se ha desarrollado no alrededor de un centro único, sino en un gran número de centros de importancia seria, cada uno con su idioma peculiar. Esta pluralidad de centros, de irradiación política, cultural y lingüística, ha constituido la incomparable riqueza de nuestro continente, pero al mismo tiempo uno de sus peligros mayores, fuente de innumerables recelos y odios, pervirtiendo la competencia saludable, generadora de todo progreso, en guerras fratricidas, que han culminado finalmente en dos guerras mundiales, conduciéndonos al borde mismo del precipicio.

El problema de la comprensión mutua de los pueblos no es, por consiguiente, un problema nuevo. Para decir verdad, remonta a la Torre de Babel. Aquella torre gigantesca, símbolo de la soberbia humana castigada por Dios con la dispersión de las gentes y la confusión de las lenguas, ¿no es acaso también símbolo de la añoranza humana por una edad de oro, en que todos los hombres, hablando un solo y único lenguaje, vi-

vían en paz y armonía —edad de oro de nuestros cuentos de hadas cuando inclusive los animales hablaban y comprendían al hombre, y eran comprendidos por él, añoranza de un pasado paradisiaco y al mismo tiempo anhelo de un futuro más feliz, de una nueva comprensión mutua entre todos los seres humanos? Esta visión risueña, ¿quién no la ha abrigado alguna vez? ¿No hemos sentido, en ocasiones trágicas, que el número abrumador de tantos idiomas pesa sobre la humanidad como una maldición, origen de tantos errores y de tantas desgracias?

¿Por qué, al fin y al cabo, por qué no hay un único medio de comunicación verbal para toda la humanidad? Para todos los que tenemos rostro humano un solo medio de expresión, vínculo de unión de nuestra condición humana, una lengua común para nuestro común destino. ¿No nos dice la biología que todos pertenecemos a la misma especie? Entonces ¿por qué las innumerables barreras lingüísticas entre los hombres? Cabe preguntar: ¿de dónde nos viene? ¿Hay por ventura una razón que justifique tanta diversidad en el seno de la humanidad?

Por extraño que parezca, es sólo al rozar los límites de nuestra condición humana cuando nos comprendemos mejor, y eso sin decir ninguna palabra. Viendo a un recién nacido en el regazo de su madre, viendo a un ser humano en las garras de la muerte, quedamos extrañablemente conmovidos. En

(*) Conferencia dictada en la sala Valentín Letelier, en septiembre de 1961, auspiciada por el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile.

los momentos más patéticos de nuestra existencia, nos sentimos solidarios los unos con los otros, nos sentimos unidos, y ello sin necesidad de pronunciar una sola palabra. Una sola mirada humana con su muda elocuencia puede establecer un acuerdo entre dos seres humanos que ignoran totalmente sus idiomas respectivos. Así pues, la primera y la última comprensión entre los hombres se efectúa al margen del lenguaje articulado.

Estas consideraciones preliminares nos ayudarán a apreciar en su justo valor todos los nobles esfuerzos para crear una lengua universal, valedera para todos los hombres. Una sola lengua común para todo el género humano, aunque sólo fuera una lengua auxiliar para todos los hombres cultos, además de su lengua materna, ¿no sería eso el final de esa torre de Babel en que estamos, el fin de una pesadilla?

Los inventores y propagandistas de tales lenguas artificiales (hasta hoy ha habido varios centenares de ellas, entre las cuales sólo el Volapük y después el Esperanto han logrado atraer a un público más o menos vasto) son, en la mayoría de los casos, gente sumamente idealista; han sido filántropos, amigos del hombre deseosos de liberarle de aquella confusión atávica de lenguas. ¡Qué nobles sueños! ¡Qué esperanzas! ¡Qué desengaños! Porque, desgraciadamente, semejantes esperanzas son y serán siempre quimeras.

El hombre es capaz de inventar los sistemas, las claves, los códigos más ingeniosos, más perfectos, y en nuestra época, de la automación y la cibernética, que se abre ante nuestros ojos asombrados, todas las esperanzas están permitidas en cuanto a la perfección técnica de tales métodos —pero sin embargo, las posibilidades más audaces en el dominio técnico nunca le permitirán al hombre inventar, dándole vida auténtica, un lenguaje realmente humano, una lengua, si me permiten la expresión, de carne y hueso, verdadera expresión del pensamiento y del sentimiento de una sociedad humana.

Porque podríamos aplicar al habla la cé-

lebre diferencia establecida por Pascal: no es el genio geométrico, *l'esprit de géométrie*, el que más importa en el habla, sino el espíritu de fineza, *l'esprit de finesse*. Desde el punto de vista de la geometría, de la lógica, el lenguaje humano es algo muy pobre, algo lleno de incoherencias y de contradicciones. Ningún idioma, ni uno solo, presenta un sistema verdaderamente coherente, que dé entera satisfacción al espíritu metódico. Durante siglos, los cultivadores de la lengua latina enaltecieron las cualidades lógicas del idioma de Cicerón. Huelga decir lo que la civilización occidental debe a la lengua latina. A través de los siglos, no sólo los idiomas neolatinos o románicos, sino también el inglés, el alemán, se han nutrido de la substancia intelectual del latín. ¿Sería acaso debido a que el latín posee una estructura más lógica? De ninguna manera. Permítaseme un solo ejemplo: cuando enseñamos a nuestros discípulos los verbos deponentes (es decir: verbos con una forma pasiva y significación activa), luego los semi-deponentes, no les obligamos a ningún ejercicio de tipo lógico, sino todo lo contrario: anomalías se explican muy bien históricamente: se trata de restos de una fase más antigua de la lengua, de una forma medial. Una lengua es un ser vivo y como tal se explica en función de su historia. Pero dentro de un sistema sincrónico, los últimos restos de un pasado lingüístico y los primeros balbuceos de las formas nuevas, rompen la homogeneidad del sistema. Dentro del sistema del latín clásico, los verbos deponentes constituyen algo ilógico, que invita al discípulo, no a ejercitar su espíritu lógico, sino más bien por el contrario, a exclamar resignadamente: "Cómo es posible: un verbo de forma pasiva con función activa: ¡qué absurdo, qué raro!" Pero, siendo así, qué le vamos a hacer... Con ello obligamos al alumno a aprender de memoria sin protestar las cosas de apariencias más absurdas, es decir, a adormecer su espíritu crítico en vez de estimularlo. Lo mismo podríamos decir respecto de las muchísimas extravagancias

de que todas las gramáticas están llenas, las excepciones y las excepciones de las excepciones, inexplicadas e inexplicables, verdaderos escándalos para todo espíritu ávido de lógica, de orden riguroso y de perfección intelectual. Ninguna de las lenguas naturales es capaz de dar satisfacción al espíritu de geometría. Durante los últimos tres siglos, ¡qué cantidad de elogios no se han prodigado al orden y a la claridad de la lengua francesa! ¡Cuántos académicos, gramáticos, puristas, lógicos, filósofos, pedantes no se han esforzado para darle formas lógicamente más correctas!

Y con todo: permítaseme un ejemplo: los prefijos ante- (es decir *delante*) y anti- (es decir *contra*) tienen por lo general el mismo sentido en francés y en castellano. Y lógicamente, no debería existir en ninguna de las dos lenguas dificultad para distinguirlos. Sin embargo, hasta la fecha, los franceses dicen para la *antecámara*, *l'antichambre*, y para el Anticristo, *l'Antéchrist*! Más aun: como en todas las lenguas neolatinas, la preposición *a* significa en francés, la dirección *hacia*, la preposición *de*, al revés, la procedencia, la separación, etc. Ahora bien: para *acercarse a*, los franceses dicen *s'approcher de*, lo que, para todos los extranjeros que aprenden el francés, es un insulto a la lógica. Históricamente el fenómeno no presenta dificultades mayores: como *cerca de* es *proche de*, el verbo derivado *s'approcher de* ha conservado la preposición *de*, en lugar de cambiar la preposición *de* por *a* como ha ocurrido en español, *aproximarse a*, *acercarse a*.

Señalamos de paso, expresiones españolas tan ilógicas como *dentro de* un mes — *después de* un mes, y un verbo tan contradictorio como *tirar*, que significa a la vez *arrojar de sí* y *atraer hacia sí*.

En cuanto a la falta de lógica de los idiomas germánicos, del inglés, del alemán, no es preciso hablar de ello, porque salta a la vista. Es evidente que esta deficiencia de todas las lenguas naturales consideradas como sistemas de transmisión de con-

ceptos intelectuales, como vehículos del espíritu de geometría, ha contribuido mucho a estimular a los innovadores a inventar sistemas artificiales lógicamente perfectos. Ahora bien, aquí aparece claramente lo que constituye lo esencial de una lengua: la lengua es el hombre entero, toda su existencia, bajo todos sus aspectos: aspecto intelectual, aspecto afectivo, memoria del pasado, voluntad tendida hacia el porvenir. Es, como hemos visto, un pobre sistema de transmisión de conceptos intelectuales, porque nosotros, en nuestra vida de cada día, somos, confesémoslo, muy poco lógicos, señoritos satisfechos del poco más o menos, negligentes de tantas contradicciones.

Pero a falta de geometría, ¡qué inagotable tesoro de fineza! Todo lo que una civilización ha vivido, experimentado, pensado, sentido, imaginado, deseado, soñado, amado, adorado, rechazado, combatido, escarnecido, aborrecido puede haber pasado a la lengua, a este depósito de toda la vida colectiva. Si las lenguas no fueran más que claves de transmisión, toda traducción de una a otra lengua quedaría reducida a una sencilla ecuación: *mesa* igual a *table*, igual a *Tisch*; en lugar de *silla*, ponga *chaise*, o ponga *chair* o ponga *Stuhl*. Las lenguas humanas, sin embargo, son algo más que claves de transmisión, precisamente en la medida en que son intraducibles! Esta imposibilidad de traducir de uno a otro idioma reemplazando sencillamente una fórmula por otra fórmula equivalente, se comprueba primero con sorpresa, a veces con irritación, y finalmente con resignación, aún en lo relativo a las cosas más corrientes, más banales del mundo exterior que nos rodea. En uno de sus ensayos más brillantes, sobre *Miseria y esplendor de la traducción*, Ortega y Gasset, dice con mucha razón: "Es utópico creer que dos vocablos pertenecientes a dos idiomas y que el diccionario nos da como traducción el uno del otro, se refieren exactamente a los mismos objetos. Formadas las lenguas en paisajes diferentes y en vista de experiencias distintas, es natural su incon-

gruencia. Es falso, por ejemplo, suponer que el español llama *bosque* a lo mismo que el alemán llama *Wald*, y, sin embargo, el diccionario nos dice que *Wald* significa bosque. Si hubiera humor para ello sería excelente ocasión para intercalar un “aria de bravura” describiendo el bosque de Alemania en contraposición al bosque español. Hago gracia a ustedes de la canción, pero reclamo su resultado, la clara intuición de la enorme diferencia que entre ambas realidades existe. Es tan grande que no sólo ellas son de sobra incongruentes, sino que lo son casi todas sus resonancias intelectuales y emotivas”.

Hasta aquí José Ortega y Gasset. Lo mismo cabe decir del *Wald* y del *Forst* alemán comparados con el *bois* y la *forêt* del francés. Ni siquiera *Forst* y *forêt*, aún siendo en su origen la misma palabra, coinciden exactamente. La *forêt* de Fontainebleau no es *Forst* para nosotros, sino *Wald*, y *le Bois de Boulogne* no es *Wald*, sino *Park*, algo como el *Englischer Garten* de Munich. ¿Y qué decir de la poética *selva* española, la *silva* de los latinos, con la cual traducen ustedes nuestra Schwarzwald por *Selva negra*, en vez de *Bosque negro*? Y qué del empleo tan típicamente español, consecuencia del carácter montañoso de la península ibérica, de *monte* con la significación de *bosque*, monte alto, monte bajo, aún tratándose a veces de bosques en terreno muy poco accidentado. Leí hace unos años una publicación del Ministerio de Agricultura español sobre la repoblación forestal en España, en que se habla del Cuerpo de Ingenieros de Montes, y de su ingente tarea de reconstrucción de montes, con muchísimas fotos de tales montes reconstituidos no sólo en paisajes de sierra sino también de llanura.

Otro ejemplo característico de lo que es el lenguaje, de lo que son las lenguas: la cara del hombre. A primera vista, parece ser una cosa muy sencilla, hallar un nombre inequívoco, y lógico para una realidad tan palpable, tan claramente definible como lo es la parte delantera de nuestra cabeza, com-

prendida entre las orejas, el cabello y la barba (pero, sea dicho de paso, en español la palabra *barba* ya no es inequívoca, porque significa al mismo tiempo el pelo de la parte inferior de la cara, y la prominencia facial bajo la boca, la parte prominente de la mandíbula: mentón).

Tenían los romanos nada menos que tres distintas palabras para hablar de la cara del hombre (¿por qué tantas?; porque en el lenguaje imperan otras leyes que las de geometría): *facies*, la palabra más corriente, de *facere*, hacer; *facies*, pues significaría originariamente lo hecho, lo formado, moldeado, hoy diríamos, quizás, lo estructurado; *vultus*, o sea, la cara en cuanto a su expresión según los diversos afectos del ánimo que se pintan en ella; y *os*, la boca, aplicado a menudo al semblante y a toda la cara. *Facies*, en castellano, dio *el haz*, llegando a ser así homónimo de *haz*, derivado de *fascis* “lío”, “hato”. Esta homonimia quizá contribuyó a que se diera la preferencia a una forma más culta, *la faz*, viva hasta nuestros días en dos distintas esferas, en el lenguaje religioso dependiente de la traducción latina de la Biblia (la faz de Dios, la faz de la tierra), y en el vocabulario científico, médico, anatómico, sacado también del latín de los libros (músculo, nervio, ángulo *facial* o *de la faz*). Mientras tanto, había aparecido en el habla popular de Hispania y de Galia, una palabra quizá de origen griego, *la cara*, llegada a occidente no se sabe bien por cuáles vías y que llegó a ser con el andar de los tiempos, la palabra de uso general en los idiomas ibéricos, perdiendo terreno el contrario en los de Francia, hasta quedar sólo en una última fórmula *bonne chère*, “buen continente, buen semblante”, y hoy en día “buena comida”. La palabra *vultus*, viva todavía en italiano, donde *il volto* es palabra más noble, más poética, al lado de *la faccia*, adquiere en castellano otra significación: *el bulto*: “este latinismo” dice Juan Corominas en su gran *Diccionario crítico etimológico de la Lengua Castellana*, “se aplicó primeramente a las imágenes que re-

presentaban la cabeza de los santos, luego a las estatuas que figuraban de relieve el cuerpo de una persona, especialmente en las sepulturas (por oposición a las que sólo reproducían su contorno en una losa plana); de aquí pasó a designar la masa del cuerpo de una persona y finalmente de cualquier objeto voluminoso". Evolución semántica sumamente curiosa, más aún cuando uno se hace cargo de que al mismo tiempo otra palabra latina, *gestus* "actitud o movimiento del cuerpo", luego "ademán con las manos", en una evolución en sentido opuesto sube hacia la cara para designar un movimiento expresivo de ella, *el gesto* risueño, lloroso, como ya se decía en la poesía medieval, y aún hasta designar la cara misma, como *el gesto blanco y rubio* del rey Juan II de Castilla descrito por Fernán Pérez de Guzmán. Más sorprendente aún para los extranjeros la evolución semántica de *rostrum* en español, que, derivado de *rodere, roer*, es en latín el pico de las aves, y que encontramos de repente en castellano como equivalente, en estilo elevado, noble, religioso, de cara: rostro divino.

Y eso no es todo. Echando una ojeada a otros idiomas, nos damos cuenta de la casi inextricable complejidad de tales evoluciones lingüísticas. Conservan los franceses primero *la face* como palabra principal, derivando además del latín *visus* (mirada, aspecto, visión), su *vis* (conservado aún en *vis-à-vis*) y su *visage*, que al pasar al castellano, *visaje*, se transforma en mueca, en mohín. Luego, en el siglo XVII, siglo de la preciosidad culta y melindrosa, la palabra *face* parece ofender las orejas delicadas de las damas de la sociedad refinada y de sus galanes, quizá a causa de un chiste popular que llama a las posaderas la faz del Gran Turco, quizá también porque *face* en la pronunciación de París casi casi suena como *fesse*, es decir, precisamente, con el debido respeto, nalga. De todas formas, desde el siglo XVII *face* pierde terreno por ser más vulgar que *visaje* —excepto en el estilo más ele-

vado con sus recuerdos bíblicos, *la fase de Dieu, du Seigneur, la face de la terre, la face du monde*, excepto también el vocabulario anatómico, médico, *les muscles de la face, les blessés de la face*. Conserva *face* también los numerosos empleos figurados para hablar de la parte delantera, de la frente o superficie de cualquier objeto, *face, façade, façade, lo que sería en español más bien la cara de una moneda, las caras de un prisma, etc.* Y al lado de *face* y de *visage*, de aquí la *figure*, otra evolución sorprendente desde la significación de "configuración, forma, cuerpo" hasta la de "cara"; hoy en día es la *figure* la palabra más corriente, más popular para la cara.

En inglés, por fin, todos los vocablos de este campo semántico son de origen francés: primero, *the face*. Pero, sin embargo, el anatema francés del siglo XVII contra *face*, por supuesto, no alcanzó a *the face* en inglés; y por consiguiente, no hay ni siquiera entre *la face* francesa y *the face* inglesa, congruencia en el uso contemporáneo más corriente siendo la palabra inglesa mucho más usual y general que la francesa: lo que en castellano es: lavarse la cara, y en italiano: *lavarsi la faccia*, en francés hoy sería: *se laver la figure*, pero en inglés: *to wash one's face*. Tienen los ingleses, además, de *the face*, también *the visage, le visage*, término de estilo literario y noble, y aún *the countenance, la countenance*, el continente, que, una vez más, de la actitud y compostura de todo el cuerpo, vino a designar la expresión y compostura de la cara.

Tenemos los alemanes también tres distintas palabras para la cara: *Gesicht, Angesicht, Antlitz*, con matices semejantes a los aludidos hasta ahora, y también con resonancias y afinidades distintas. Todos estos matices tienen su razón de ser en el dominio de la fineza y de lo introdurible, al par que contravienen las leyes de la geometría lingüística. De manera que es imposible trazar dentro de esta tupida red de correlaciones y de correspondencias fronteras inte-

lectualmente satisfactorias. Este conjunto de los influjos más variados, de los elementos más heterogéneos es el lenguaje.

Factores no sólo intelectuales, sino también emotivos y evolutivos, influjos culturales de toda suerte, modas y caprichos, incluso individuales, y por el otro lado accidentes inherentes e intrínsecos de los fenómenos lingüísticos como la homonimia y la sinonimia, todo eso y muchas otras causas más influyen cada día en la evolución de una lengua auténticamente viva. El apego a la tradición como el afán de renovación, la ley del menor esfuerzo como la ley de la mayor expresión, el recato que se acoje al eufemismo, y la comezón de provocar con una vulgaridad. Y es todo eso lo que constituye la personalidad inconfundible de un idioma, con todas sus insuficiencias y contradicciones, la expresión más genuina y más honda del espíritu y del alma de un pueblo.

Arraiga la lengua materna en lo más hondo de nuestra alma. Incluso el grito de dolor que lanzamos y que parece ser irreflexivo, instintivo, animal, es parcela de nuestra lengua materna, cosa aprendida en nuestra niñez. Fue en la primera guerra mundial, creo, cuando hallaron un método infalible para desenmascarar a un espía, o por lo menos para descubrir su verdadera nacionalidad: durante el interrogatorio se le pinchaba de improviso con una aguja: si gritaba ¡ai! entonces era francés, si ¡au! alemán. Ya con semejantes gritos estamos en el reino del lenguaje, de la lengua materna, lo sepamos o no.

Cuando de niños, la lengua materna nos acoge, ella nos toma como de la mano y nos conduce hacia los seres y las cosas de este mundo. Gracias a ella, con ella y a través de ella nosotros nos apoderamos de nuestro mundo con sus nombres. Porque saber el nombre de un ser o de una cosa es conocerlos, tomar posesión de ellos por el espíritu. Y a medida que avanzamos en aquel país de maravillas que nuestra lengua materna nos va abriendo, nos identificamos a cada paso más con ella, que nos muestra el mun-

do tal como ella lo ve, es decir, tal como lo han visto los hombres que la crearon y aquellos que, hablándola cada día la crean de nuevo. Aprendiendo nuestra lengua materna, no somos nosotros los que nos apoderamos de ella, sino más bien es ella la que se apodera de nosotros, trazando las vías que seguir a nuestro espíritu, grabándolas en nuestra memoria aún virgen. De allí el carácter irrevocable e irremplazable de la lengua materna. Esta impregnación de nuestro espíritu por la lengua materna es tan fuerte, que muchos hombres nunca superan el estado de la identidad más absoluta entre las cosas y las palabras correspondientes de la lengua materna. Si uno les dice que *casa*, *árbol*, *tierra*, *cielo*, pueden también llamarse *Haus*, *Baum*, *Erde*, *Himmel*, les parece como uná transformación, como un disfraz del sólo mundo verdadera y auténticamente real para ellos, el de la lengua materna.

El primer verdadero encuentro con un idioma extranjero, la primera experiencia auténtica de él, pues, es como una sacudida eléctrica. De improviso, nos damos cuenta de que nuestro mundo, visto a través de nuestra lengua materna, articulado por ella no es el sólo mundo posible, que nuestra lengua materna nos presentaba tan sólo una posibilidad de ver y de comprender el mundo, que había otras maneras de concebirlo y de expresarlo, otros aspectos que en otros idiomas resaltan mejor que en el nuestro. Desde entonces, ya no confundimos las cosas con sus nombres, sus varios nombres en distintos idiomas, que podemos comparar entre ellos. Y comparando podemos, por primera vez, apreciar plenamente todas las bellezas de nuestra lengua materna, todas sus innumerables riquezas, aún viendo claramente ciertos defectos, ciertas pobrezaas. Entonces empezamos a entrever las verdaderas relaciones entre el hablar y el pensar, entre interioridad y expresividad. Por eso es ciertamente exagerado decir que la íntima experiencia de una lengua diversa de la lengua materna es para el hombre la más grande liberación espiritual.

Por muchos siglos, las lenguas clásicas fueron las que operaron en la élite europea esa liberación de los lazos de la lengua materna. Hasta nuestros días ellas nos indican el mejor camino hacia la plena inteligencia y el verdadero amor de nuestra civilización occidental. Siendo esta civilización esencialmente un diálogo entre idiomas románicos y germánicos —sin querer disminuir en lo más mínima el papel desempeñado por los celtas, que, sin embargo, en el dominio lingüístico, representan un fenómeno más bien marginal—, nada más natural, nada más necesario para quien aprendió a pensar y a sentir en un idioma germánico que el descubrimiento y la conquista del mundo lingüístico románico, tan distinto y tan complementario del nuestro, en su inmensa variedad y riqueza dentro de su grandiosa unidad. Y lo mismo puede decirse de la revelación que es para italianos, españoles, portugueses, franceses, el conocimiento de los idiomas germánicos, el mundo del norte de Europa. No se conoce la civilización occidental sin conocer las mayores lenguas románicas y germánicas.

Se habla mucho, en estos días, de la comunidad europea, de la cooperación en el mercado común europeo, integración europea tan necesaria para combatir la decadencia de nuestro continente tan cruelmente manifiesta después de dos guerras destructoras. Pero en todos estos nobles y ambiciosos programas de unificación, de federación, de integración, siempre habrá que tener en cuenta la realidad indiscutible e irrevocable de la multiplicidad de las lenguas europeas y las gravísimas consecuencias que resultan de este hecho: la unión europea nunca descansará sobre una unidad de lengua. Felices los Estados Unidos de Norteamérica con su famoso *melting-pot*, su crisol anglosajón, en el cual los elementos más heterogéneos de nuestro viejo continente van fusionándose con asombrosa rapidez. Dichosas las naciones de iberoamérica que con la lengua española y la portuguesa poseen también un denominativo común. En Europa, toda idea

de unificación lingüística queda excluida de antemano. Desde el principio, tenemos que rechazar todas las veleidades de imperialismo lingüístico, de hegemonía lingüística en una Europa unida. Hoy en los pueblos europeos tenemos conciencia demasiado precisa de nuestro patrimonio lingüístico para que ninguno de nosotros pueda, aún queriendo hacerlo, sacrificar tal patrimonio al altar de la unión europea.

El primer deber, que toda la historia de nuestro continente nos impone es, pues, la de respetar las lenguas maternas. Eso no significa de ninguna manera favorecer todos los irredentismos, todos los separatismos, significa tan sólo que la lengua materna es una cosa unida tan estrechamente, al modo de ver, al modo de ser más íntimo de cada hombre que tenemos que respetarla. No se desecha una lengua como se cambia una camisa. Creo que tenemos, antes de hablar de federación o de integración europea, que estudiar muy atentamente el ejemplo, el modelo lingüístico de Suiza, de Bélgica, en cuanto a la convivencia legal, política, administrativa, social y cultural de varios idiomas. Ciertamente, no es una solución ideal, trae consigo nuevos inconvenientes, nuevas fricciones, nuevas susceptibilidades, nuevos celos. Los varios grupos lingüísticos de Suiza, de Bélgica, no viven, ni mucho menos, siempre en perfecta paz y armonía. Pero sin embargo, teniendo en cuenta la estructura fundamental de Europa, sus condiciones geográficas, políticas, económicas, culturales, la única perspectiva que se abre delante de nosotros, es, la helvetización lingüística de Europa.

Se puede objetar a este programa que en Suiza imperan tres idiomas oficiales, el alemán, el francés, el italiano, junto con un cuarto, el retorrománico, de circulación limitada, y esta cuadruplicación lingüística es, ya de por sí una carga muy pesada y de un rendimiento práctico muy problemático. ¿Cómo se puede imaginar, dentro de una Europa integrada, un arreglo semejante valdiero para dos docenas de idiomas? ¿No se

ría acaso esta Babel peor que antes? Claro, habrá que establecer cierta jerarquía lingüística, como los suizos lo han hecho respecto al retorrománico: tarea, ésta, de las más delicadas y espinosas. Pero, aún así, y contando sólo con las lenguas más importantes, acaso no se cargarían tantas lenguas y tantas traducciones y retraducciones cada debate, cada conferencia, cada asamblea de europeos con un peso insoportable? Quien ha asistido a uno de los innumerables congresos internacionales que hoy en día se celebran en todas partes, sabe que hay dos maneras de traducir: la traducción consecutiva, que dobla, triplica, multiplica el tiempo de cada discurso, y que resulta para todos los participantes sumamente abrumadora y entorpecedora, y la traducción simultánea con un casco telefónico en cada mesita, y la posibilidad de escuchar individualmente una traducción hecha frase por frase inmediatamente después de pronunciarlas el orador. Desgraciadamente esta última manera de traducir, si el traductor no tiene manuscrito que se le ha dado de antemano, forzosamente ha de ser una traducción muy precipitada y superficial, y a veces se limita a ensartar vaguedades y errores. Que tenga que ser así, puede evidenciarse fácilmente pensando en que, por ejemplo, el alemán posee todavía una estructura lingüística mucho más sintética que el francés o el inglés, pongamos por caso, y que, por consiguiente, una frase tan sencilla como esta:

El gobierno egipcio no puede aceptar las propuestas hechas por el delegado indio ante la Asamblea general de la ONU.

Reza en alemán:

Die ägyptische Regierung kann die vom indischen Delegierten vor der Vollversammlung der Vereinten Nationen vorgebrachten Vorschläge nicht annehmen.

Es decir, que hay que poner el verbo al final de toda la frase, intercalando entre las dos partes del complejo verbal (no puede y aceptar) todos los complementos. En otras palabras, la traducción estrictamente literal de esta frase alemana al español, sería: El

gobierno egipcio puede los del delegado indio ante la asamblea general de la ONU hechas propuestas no aceptar.

Y conste que esta frase es de las más simples. Entonces pueden ustedes imaginarse las dificultades insuperables con que tropieza constantemente el traductor español, francés, inglés ante un discurso hecho en alemán. Para empezar con su frase española, francesa, inglesa el traductor tiene que conocer el verbo, el verbo que en la frase alemana viene en último término. Cuenta el célebre humorista americano Mark Twain que en uno de sus viajes a través de Alemania, se paseaba una tarde por las calles de una pequeña ciudad universitaria. A través de una ventana vio a un profesor alemán que estaba dando su clase, y vio igualmente a los estudiantes colgados de sus labios, y en sus caras una expresión de ansiedad que iba creciendo constantemente, hasta llegar a su punto culminante, cuando de repente surgió en los rostros tensos de los estudiantes una expresión de indecible alivio: el profesor había por fin, llegado al verbo.

Para superar todas estas dificultades que resultarían de la adopción de tantas lenguas distintas como medios de comunicación internacional, hay quienes proponen la adopción de una de las lenguas ya existentes de mayor circulación, es decir en una palabra, el inglés.

Hay que reconocer, en efecto, que hoy en día el inglés va conquistando cada vez más posiciones decisivas: reconozcamos que en gran parte del mundo ha llegado a ser la lengua del tráfico marítimo, y aéreo del gran turismo internacional, la primera lengua en las grandes transacciones bancarias y bursátiles, la lengua del deporte y del cine. Gracias a los Estados Unidos de Norteamérica, el inglés ha pasado a ser la lengua musical de muchas disciplinas nuevas, desde la física nuclear hasta la sociología. Desde la primera guerra mundial, el inglés ha ido destronando al francés como lengua de la diplomacia internacional. La segunda guerra mundial y sus consecuencias han si-

do más desastrosas todavía para el prestigio universal tanto del francés como del alemán.

Sería insensato y ridículo cerrar los ojos a una verdad humillante. Porque salta a los ojos que, si se tratara hoy por hoy de escoger un idioma que presente la mayor probabilidad de ser comprendido por un sueco así como por un portugués, por un griego como por un danés, ya no sería el francés ni el alemán sino el inglés sobre todo tratándose de las generaciones jóvenes. Hay que ver las cosas como son. Esta incontestable primacía, no la debe la lengua inglesa exclusivamente a razones políticas, estratégicas, técnicas, económicas y sociales, ni siquiera la debe a su riquísima literatura moderna: la debe en parte también a sus calidades intrínsecas: es una lengua aparentemente fácil —sus inmensas dificultades, sus inagotables riquezas al principio se disimulan tras una gramática reducida a su más simple expresión, un sólo artículo, una conjugación verbal extremadamente simplificada, la facilidad sorprendente de los vocablos para pasar de una categoría a otra:

free — libre, the free — los hombres libres, to free — liberar;

the nail — el clavo, to nail — clavar;

dry — seco, to dry — secar;

to drink — beber, the drink — la bebida;

the water — el agua, to water — regar, diluir, mojar.

Pero, así y todo, para pretender la categoría de lengua universal y única, el inglés presenta una dificultad de primer orden, su pronunciación, y sobre todo un sistema vocálico que se aparta demasiado de las leyes generales inherentes a toda habla humana, basada sobre las vocales cardinales: a, e, i, o, u, mejor dicho, según su orden fonético: i, e, a, o, u. Estas vocales se llaman cardinales precisamente porque la diferencia de timbre existente entre ellas es de una octava diferencia que es básica, para diferenciar claramente dos sonidos. Por eso creo que un idioma realmente universal tendría que

basarse obligatoriamente sobre este sistema fundamental del habla. Por el contrario un tal idioma aceptable por todos los hombres, no debería poseer vocales demasiado matizadas y de una pronunciación difícil para los demás pueblos, como las vocales nasales, del francés y del portugués, como las ü y ö y sonidos parecidos. A este respecto, la superioridad del español es evidente. Hace unos días leí precisamente en el *ABC* un artículo de José María Pemán, en el cual hablaba, y con mucha razón a mi entender, del clásico quinteto de vocales rotundas y diáfanas del español. El inglés, por el contrario tiene muchos diptongos caracterizados por su vaguedad e imprecisión, el gran maestro de la fonética inglesa, Daniel Jones, cuenta hasta nueve tipos de diptongos en inglés: *day, now, gore, pure, etc.*, muy a menudo empieza a articular una vocal en un punto determinado de la boca para terminar Dios sabe dónde; además, el inglés tiene muchos sonidos relajados indefinidos que para nosotros no son como se dice vulgarmente, ni carne ni pescado. Si a eso añadimos una ortografía al parecer completamente arbitraria y absurda, resultado de la evolución fonética desde el final de la Edad Media, sobre todo en el dominio de las vocales, tendremos una idea aproximada de las dificultades intrínsecas del inglés.

Para propagar el inglés como medio de comunicación verbal, hace unos treinta años se ideó el *Basic English*, el inglés básico. Ahora bien, ese método, sin constituir un fracaso total, tampoco ha respondido a las esperanzas en él depositadas. Sus inventores no fueron lingüistas, sino lógicos. Su punto de partida era el siguiente: ¿cuál es el número mínimo indispensable, de palabras inglesas para definir todas las otras palabras inglesas contenidas en el inmenso NED, u *Oxford Dictionary*? Y de reducción lógica en reducción lógica se llegó a la cifra de 850 palabras básicas, con las cuales hubiéramos podido definir lo que fuere. Pero el verdadero *tour de force* en esta ambiciosa empresa fue la eliminación de todos los verbos,

con la sola excepción de 18 verbos llamados operadores: *to be, to have, to give, to say, to see, to take, to make, to put, to get, to go, to do* y algunos más. Sin embargo, no es acaso el verbo lo que da vida, fuerza, movimiento, dinamismo a la lengua? Querer que se diga en vez de *I buy it* "lo compro", *I give money for it*, "doy dinero para eso" fuera reemplazar la sencillez de una lengua viva por una jergonza artificial. En *Basic English* están excluidos verbos como *To awake* "despertar", *to open* "abrir", *to shut* "cerrar", pero existen en cambio los adjetivos *awake* "despierto", *open* "abierto", *shut* "cerrado", y para decir despertar, abrir, cerrar, sería necesario decir *to get awake, to get open, to get shut*, etc. En la lista de aquellas 850 palabras se buscaría en vano una palabra tan necesaria como *beefsteak*: *bistec*. Fuera preciso reemplazarla en buena lógica por la siguiente definición compuesta únicamente por palabras admitidas en el sistema: "A cut from the back end of a male cow kept on the fire long enough", es decir, "un pedazo de la parte trasera de una vaca masculina" (porque no hay en *Basic English* ni toro ni buey), "puesto sobre el fuego un tiempo suficientemente largo".

Los franceses a su vez, bajo la dirección del profesor Gougenheim de la facultad de letras de París, en estos últimos años han elaborado un sistema similar, *le Française elementaire*, el francés elemental, procurando no caer en los errores del *Basic English*, dándose cuenta sobre todo que el hombre no habla por definiciones. Los lingüistas franceses encargados de este proyecto colocaron grabados, p.e. en una carnicería parisiense, para grabar las conversaciones de los clientes, y en mucho otros lugares. Reunieron de esta manera testimonios auténticos directos y vivos del habla francesa corriente. Analizaron luego los resultados así obtenidos; establecieron una estadística de frecuencia de los vocábulos empleados en la conversación diaria: hallaron que las palabras más frecuentes son los verbos *être, y avoir*, las partículas, los artículos, luego los

verbos *faire, dire, aller, voir*, los sustantivos *heure, jour, chose, temps, moment, monsieur, madame, maison*, etc., demostrando con eso claramente que el criterio de la frecuencia absoluta no es suficiente para establecer un vocabulario básico verdaderamente útil. La palabra *bistec* es de una frecuencia muy baja (excepto, claro está, en las conversaciones grabadas en la carnicería). De la misma manera la palabra *diente* (excepto en conversaciones en la sala de espera de un dentista) es de un empleo muy reducido. Y sin embargo, se trata en ambos casos de palabras indispensables para hablar un idioma. El equipo de Gougenheim, pues, estableció una distinción muy útil entre la frecuencia de una palabra y su disponibilidad: así *diente*, palabra poco frecuente, tiene que ser disponible si uno quiere saber un idioma. Por otra parte los del equipo Gougenheim hacen recalcar que su francés elemental no aspira a ser una lengua completa, un sistema cerrado como lo era el *Basic English* en un principio, sino más bien una primera fase para facilitar la enseñanza del francés sobre todo en países extra europeos, y en este sentido puede sin duda alguna prestar un gran servicio.

Otro proyecto lingüístico del que se ha hablado mucho en estos últimos años ha sido el del bilingüismo. Este proyecto, propugnado con particular ahínco por muchos profesores de inglés en Francia, consiste en lo siguiente: se intenta convencer a los ingleses de que aprendan el francés, prometiéndoles en cambio que todo el mundo en Francia aprenderá el inglés. Por desgracia ya se dan cuenta los franceses que tal intercambio de lenguas a la postre siempre favorece al más fuerte, en este caso el inglés. Muy pronto los ingleses, de muy buena fe, dirían: ya que todos los franceses aprenden el inglés, no es necesario que nosotros aprendamos el francés. ¿Para qué gastar entonces inútilmente energías?

En todos estos problemas, la mayor dificultad estriba en el hecho de que cada una de las grandes lenguas europeas ha tenido

y sigue teniendo su propia trayectoria tanto en el tiempo como en el espacio: el español y el portugués con su proyección tan rica de promesas ya que se trata de todo un inmenso continente de habla peninsular con posibilidades incalculables, pero con una posición demasiado excéntrica respecto de Europa; el francés con sus bastiones lingüísticos en América (en primer lugar, en el Canadá) y en África, así como con su prestigio intelectual, pero que ha perdido irremediablemente su hegemonía ganada en los últimos siglos; el alemán, en posición céntrica en el corazón de una Europa mirando hacia Oriente, pero que ha perdido igualmente la influencia que ejerció a través de los tiempos sobre todos los países bálticos, eslabos y balcánicos; y finalmente, el inglés, respaldado por la Comunidad Británica y América del Norte, pero como en el caso de las lenguas peninsulares, en una posición excéntrica respecto al continente entero.

En conclusión, sólo nos queda a los europeos una sola salida, y es ésta: que el mayor número posible de europeos aprenda a hablar, o por lo menos a comprender, el mayor número posible de idiomas europeos; que sobre todo la *élite*, la aristocracia del espíritu, los hombres más destacados e in-

fluyentes en todas las esferas de la actividad humana sepan por lo menos las grandes lenguas de la civilización europea: de manera que en las futuras reuniones y asambleas europeas cada hombre pueda hablar en su propio idioma, siendo comprendido por los demás. Me doy perfecta cuenta de que eso exige un esfuerzo intelectual y de memoria sumamente duro por parte de los jóvenes de la nueva Europa, ya que tantas lenguas, tantas gramáticas, representan un peso enorme en nuestra formación intelectual. Pero este peso no es, en modo alguno un peso muerto, este esfuerzo no es un esfuerzo perdido.

Con cada lengua que aprendemos nos adentramos más en la comprensión de nuestra civilización europea. Son las lenguas las distintas claves de nuestra cultura común. No se trata, es claro, de conocer perfectamente tantos idiomas. De todas maneras, la perfección en el dominio de las lenguas es un concepto dudoso. ¿Acaso sabemos perfectamente nuestra lengua materna? Cada lengua es inagotable como la vida misma. Perfección es otro concepto del espíritu de geometría. Basta pretender la posesión pasiva de varios idiomas para dar ya un paso decisivo hacia la convivencia pacífica de los pueblos, hacia la integración intelectual y moral de los hombres de buena voluntad.